

Rocío Raya Prida
(coord.)

Relatos de Bibliotecas
Undécimo Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2022

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. UNDÉCIMO
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-7042-1.
Depósito legal: Gr./ 1388-2022.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja.
Colegio Máximo, s.n. 18071 Granada.
Telfs.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20.
www.editorial.ugr.es
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Printhauss. Bilbao.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Primer Premio:

Clara Palomo Valverde

Accésits en orden alfabético:

Adrián Cordero Villegas

Eliás González Pensado

Nathalia Ríos López

Ana Suárez Rancaño

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático emérito de la Universidad de Granada

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria jubilada de la UGR.

Índice

Prólogo:	
Entre sueños anda el juego	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	18
<i>M.^a José Ariza Rubio</i>	
Tatuaje	23
<i>Clara Palomo Valverde</i>	
Quizá	55
<i>Adrián Cordero Villegas</i>	

10 Índice

Ecós del enjambre	79
<i>Elías González Pensado</i>	
Mujeres de papel	141
<i>Nathalia Ríos López</i>	
El último farero.....	179
<i>Ana Suárez Rancaño</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

Entre sueños anda el juego

Mi buen amigo el obligado prologuista de este volumen me soltó de sopetón que diez años de prólogos comprometidos agotan al más pintado, y aún me añadió que aterrorizado por la página en blanco, que le amenazaba, y resuelto a dejarla pura y virginal con la intención de que el posible/imposible lector la rellenase a su gusto (opera aperta) decidió echarse a dormir a pierna suelta y mente en la nada.

Fue días después cuando me vino a contar que, mire usted por dónde, esa noche sufrió un sueño confuso de imágenes de manos, anclas y rodillas, tatuados en brazos, piernas, espaldas, pechos, vientres, cuellos, sobre todo

cuellos, y párpados imposibles, que formaban una especie de espesura boscosa, húmeda, de aguas mortecinas, podredumbre a ratos, y degradación máxima; estaba ya al límite de la angustia del sueño —me asegura— cuando de pronto la escena se iluminó al tiempo que se oían canciones y coplas de una voz femenina de áspero terciopelo que refería la historia de un marinero o viejo patrón de barco... bla, bla, bla...

Y ahí ya quise intervenir y fui tajante: No me vayas a contar la historia o historias de Tatuaje, que ya la cantó como nadie la Señora y su coplero (en su voz amarga había la tristeza doliente y cansada), que la contó de otra manera un buen novelista (la comida le reconcilió con las ganas de pensar), que la filmó un extraño y retorcido director (primer plano de los pechitos puntiagudos de la azafata) y que la poetizó libremente una joven madrileña premiada (la tarde toma formas de suicidio... silencios de licor y penas golfas), aunque hay que reconocer —le dije— que falta por venir el relato corto o buen cuento que cierre esa copa floral literaria. Y entonces mi interlocutor me interrumpe y me dice que eso ya está, que ya ha venido, y que es el relato que ha ganado el

premio bibliotecario de este año. Pues no se hable más —le contesto— déjalo que viva su propia y libre aventura con los lectores, no lo manches con tus análisis y tus glosas, y salva tu compromiso hablando de lo que de verdad sabes, de Francisco Ayala, el maestro granadino del cuento, del que has ofrecido referencias sobradas en toda la pasada década y así cierras también por tu parte el círculo crítico que has dibujado en estos diez años. Y me permito darte una idea, que ya es de por sí un relato, en realidad un prerrelato, situado en el propio laboratorio verbal del maestro granadino. Y mira, te incito a que empieces cada párrafo al estilo de tu admirado gran portugués. Apunta. Y fue así como le regalé al poco inspirado prologuista esta vieja historia ayaliana sacada de mi mochila, que dice así.

Initium. Sostiene el narrador que a Francisco Ayala le llegó la noticia de la muerte del catedrático de la Universidad de Granada Emilio Orozco a media mañana. Fue la llamada seca y fría de un reportero que le pedía con urgencia una valoración del personaje. Esas exigencias de la prensa para un rápido obituario le repateaban el estómago, por lo que una vez más, como solía, el viejo Ayala despidió la llamada

destempladamente. Por cierto, en el momento de recibir la noticia estaba releendo sus ensayos sobre el Quijote con la idea de una posible reedición del conjunto en volumen monográfico.

Sostiene y cuenta el narrador que Ayala soltó el libro que tenía entre las manos, cerró los ojos y dejó que sus recuerdos volasen hacia Granada, hacia aquel día de enero de 1977 en que su buen amigo el catedrático de literatura lo esperaba en el aeropuerto granadino. Era para él una rareza que en España alguien tuviera la deferencia de recibir con todos los honores a un escritor desconocido para la mayoría, incluso en su tierra.

Sostiene y relata el narrador que Ayala conocía a Orozco de las tertulias de la revista *Ínsula* en Madrid, donde habían coincidido en varias ocasiones, y el contacto se había intensificado a raíz de la maravillosa reseña que el profesor granadino publicó sobre *El jardín de las delicias*, el texto que había conseguido algún premio importante. A Ayala le había sorprendido la agudeza crítica del profesor ante una obra tan intencionadamente rara, insólita, inesperada y desafiante como ese libro suyo, que, entre otras muchas cosas, dinamitaba el concepto tradicional de vanguardia: el viejo espejo narrativo (a

lo largo del camino) se rompía en mil pedazos mediante un procedimiento que enlazaba con uno de los estilos de la época clásica; y todo eso lo había visto muy bien su buen amigo, incluso mejor que él, que era su autor.

Sostiene y asegura el narrador que al hilo de esos recuerdos Francisco Ayala, ya en estado de duermevela, contempló con imágenes filtradas por la neblina los que fueron sus paseos con Orozco por los monumentos granadinos de la fama y también por algunos lugares especiales: en el Museo de Bellas Artes Ayala semisueña con Pedro de Raxis y Juan de Aragón; y en el Monasterio de Cartuja Ayala vislumbra un sin fin confuso de pinturas de Sánchez Cotán; y Ayala sueña a saltos con la imagen del profesor amigo que le habla de poesía y pintura a propósito de Carrillo Sotomayor así como lo introduce en la Granada más tamizada por la literatura con el poema de Agustín Collado entre las manos, y además en el sueño revive que los dos, escritor y profesor, trataron de rivalizar en su amor por el Quijote.

Sostiene y jura el narrador que, de pronto, Ayala se transporta y se ve a sí mismo soñado en el patio de columnas de una casa granadina de aspecto palaciego donde todos los artistas